

ABC
REPORTAJE



30 años
escondido

UN LIBRO
Sobre el
EX-ALCALDE
DE MIJAS

Por José María MASSIP



Este es don Manuel Cortés, alcalde socialista de Mijas (Málaga) en tiempos de la República que vivió escondido durante treinta años, desde 1939, cuando acabó la guerra civil, hasta 1969, al promulgarse el decreto final de amnistía general. Un periodista inglés, Ronald Fraser, narra en un libro la larga vida secreta del ex alcalde, después de conversar exhaustivamente con el protagonista. José María Massip hace hoy en estas páginas una magnífica síntesis de los «treinta años de no-vida» del señor Cortés.

El señor Manuel Cortés, natural de Mijas, provincia de Málaga, tenía mala dentadura y no podía hacer lo que casi todo el mundo, que es ir al dentista.

No lo podía hacer. Y no porque en su casa faltara un modesto ahorro para ir a Málaga a hacerse curar la boca. No lo podía hacer porque legalmente el señor Cortés no existía, porque «no estaba» ni en su casa ni en Mijas, y he aquí, contado por él mismo, lo que sucedía cuando las muelas lo martirizaban:

«Lo que me torturaba eran los dientes. ¡Los que me he arrancado con los años! Con los dedos. En cuanto me dolían sabía que la única cura era la extracción. Con una aspirina o algo adormecía el dolor y me sentaba delante de un espejo y agarraba fuerte el diente mato y empezaba, tras-tras-tras. Era cuestión de moverlo de un lado para otro, cogiéndolo bien. Algunas veces estaba ya un poco suelto y esto ayudaba. Con los molares era más difícil. No se movían y yo pasaba días intentándolo, zas-zas-zas, y poco a poco sentía cómo se soltaban. Si el dolor era demasiado vivo lo dejaba y al día siguiente empezaba de nuevo. Hay que tener paciencia, y siempre conseguí la extracción. La encía sangraba mucho y yo remediaba con peróxido y lavándome la boca con vino blanco... Cuando es necesario podéis hacer cualquier cosa.»

TREINTA AÑOS DE NO-VIDA

El señor Manuel Cortés, que natía sido alcalde socialista del pueblo de Mijas durante la República y que habla vivido escondida en tres cascas durante treinta años—30 años—, desde 1939, cuando acabó la guerra civil, hasta 1969, al promulgarse el decreto final de amnistía general para cuantos republicanos habían militado en la tragedia española. El señor Manuel Cortés se acuerda muy bien de aquel día crucial en sus treinta años de no-vida. «Era el 28 de marzo, 1969, un viernes, el día en que se reunía el Gabinete en Madrid. Como siempre, puse mi radio a las noticias de las diez. Aparte de los programas flamencos, las noticias era lo que escuchaba en la Radio Nacional. Aquella noche, como siempre, el ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne, anunció los acuerdos del Gabinete. Entre éstos dijo que el Jefe del Estado y el Gobierno habían aprobado un decreto amnistiando a todos los culpables o presuntos culpables del periodo de la guerra civil, desde el 18 de julio de 1938 al primero de abril de 1939. No cogí las palabras exactas, pero si lo entendí yo. Era verdad, ya no podían nacerme nada, pero tenía que leerlo con mis propios ojos en la «Gaceta Oficial» antes de creerlos. Aquella noche, el agitado ex alcalde de Mijas bajó de su habitación del primer piso, donde tenía el aparato de radio, y dijo a Juliana, su mujer, que hacía la cena: «Quiero conocer el texto completo del decreto; mira, si puedes» encontrar la «Gaceta»; habla con el portero del Ayuntamiento, que es amigo mío, y él te lo arreglara. Que te preste la «Gaceta» o, por lo menos, que te lea el decreto, y tú me lo cuentas...»

DE LOS AÑOS ESCUÁLIDOS DEL ESPARTO O LA EXPLOSIÓN TURÍSTICA

La extraordinaria historia de la vida secreta de Manuel Cortés ha sido contada por un periodista inglés, Ronald Fraser, en un libro publicada por una editorial norteamericana, titulado «In Hiding» (*), basado en largas y espontaneas

(*) «In Hiding, The Life of Manuel Cortés», Pantheon Books, New York, \$6.95.

• Para cambiar de casa tuvo que disrazarse de vieja. Durante el día permanecía sentado en una silla de niño en un agujero hecho en la pared

conversaciones, grabadas en cinta electrónica, con el ex alcalde de Mijas, su esposa, Juliana, y su hija, María, protagonistas de un drama humano único, político y generacional, de treinta años de



Don Manuel Cortés, en su primer paseo por el pueblo, tras su larga noche de miedo y esperanza, saluda a sus vecinos.

duración, vivido en el *secretismo*, el silencio, el miedo y la esperanza después del último disparo de la guerra civil, dentro de un pequeño pueblo malagueño, Mijas, inmediato a Fuengirola, que iba a vivir, al paso del tiempo, la explosión turística de la Costa del Sol saltando de los años escuálidos del esparto y los senderos de cabras, a las autopistas y los hoteles y las fincas de los nuevos ricos de una sociedad consumista, inimaginable para el barberillo socialista de los años de la República y el partido socialista y la militancia honrada en la Casa del Pueblo y el sillón en la precaria Alcaldía de Mijas en tiempos del Frente Popular. Arthur Miller, el dramaturgo, ha comentado este libro y ha dicho, con razón, que es como un mensaje intacto dentro de una botella entre los despojos de la playa de la Historia, y mucho hay de ello en esta crónica de los treinta años de la existencia secreta del señor Manuel Cortés y su familia, en un pueblo andaluz. Con buen sentido, el periodista, que conoce bien España, no ha sacado nada de quicio ni ha tratado de establecer conclusiones. Transcribe fielmente las conversaciones tenidas con Manuel Juliana y la hija. María, sólo entrevista por su padre, de pequeña, por el ojo de la cerradura de un cuartucho ignorado a la entrada del mesón y barbería de su padre. Ta en el secreto, al paso de los años y en otra casa, otro escondrijo, el padre vio crecer a la hija, de niña a adolescente y luego de casada, esposa, madre, y gozando de noche, con las puertas de la calle seguras, de la alegría de dos nietas, las nuevas vidas en su vida de recluso. Esto y el bravo fuerte de Juliana, su mujer, y sus antiguas convicciones socialistas, vivas como en la juventud, lo sostuvieron en el crepúsculo de los años. «Soy un viejo que ha salvado su cabeza», dice Cortés al periodista. «He terminado, la lucha ya no es la mía. No tengo mucha salud, me quedan ocho o diez años de vida. Aun y así



no he perdido nunca la fe en la posibilidad de un mundo mejor, la misma fe que me llevó de joven al movimiento socialista, pero, ¿quedará aquella fe nuestra si no hay nadie que la siga cuando hayamos muerto? ¿Por qué los sufrimientos de treinta años?»

• «Tuve suerte en Tener una mujer y una hija, sin las cuales no habría sobrevivido»

AQUÍ NO VAIS A FUSILAR
A NADIE

La historia del señor Manuel Cortés es increíble. Cuando las fuerzas nacionales toman Málaga y avanzan hacia Estepona, el alcalde socialista de Mijas, empujado por su mujer, que no cree en política, abandona el pueblo porque comprende que todo está perdido. Es un hombre de ideas, orden y administración, de la vieja escuela de Pablo Iglesias, que desde la victoria del Frente Popular ha tenido que pelear con los extremistas del anarquismo que envían desde los pueblos vecinos patrullas para ejecutar a los «fascistas» y requisar sus tierras. El alcalde, con un rígido criterio legalista, se opone a los «exaltados» con todas sus débiles fuerzas. Un día aparece en Mijas una patrulla armada de la F. A. I. y el alcalde va, se encara con los hombres, que traen una lista de veinte personas, y les dice, mirándoles a la cara: «Aquí no vais a fusilar a nadie y os doy diez minutos para que abandonéis el pueblo. Iros a la carretera y no volváis. Si queréis matar "fascistas" ir al frente, a las trincheras, y podréis hacerlo cara a cara, uno frente al otro. ¡Fuera!»

La patrulla se fue, pero la tragedia per-

sistió y se envenenó. Un día el señor Cortés fue a Madrid —su primer viaje a la capital— y cuenta su desengaño ante la lejana frialdad de uno de sus ídolos, Largo Caballero, a quien llevaba una cestilla de pasas de Málaga. Al regreso se encuentra con que su teniente de alcalde, otro «exaltado», ha encarcelado a setenta personas de derechas y las ha concentrado en el patio del Ayuntamiento. Cortés las pone en libertad y sale a su frente, apartando a empujones al populacho que se habla reunido en la plaza. Otro día le asaltaban la iglesia y el alcalde fue, apagó los fuegos, salvó lo que pudo del asalto, lo almacenó en un desván del Municipio y su sucesor falangista encontró todo lo que Cortés había guardado. Cuando los forasteros fueron a por los cuatro números de la Guardia Civil del cuartelillo de Mijas, el alcalde, bajo su responsabilidad personal, sin autorización de la superioridad, les ordenó que se marchasen, armados, a Málaga.

Al abandonar Mijas se fue a Almería, donde se empleó de barbero, y después a Barcelona y, al ser llamada su quinta, en octubre del 37, se incorpora en Valencia al Cuerpo de Carabineros, batallón 19, que era entonces una fuerza del partido orga-

nizada por Negrin, presidente del Gobierno, y participa en aquel durísimo invierno en la toma de Teruel, reconquistado poco después por los nacionales. Caen Bilbao y Asturias, que Cortés creía inexpugnables; las tropas nacionales avanzan hacia el Mediterráneo y la situación lleva al carabinero Cortés a pensar que la guerra se ha perdido. No era una hoja llevada por el huracán. Era un hombre modesto, inteligente, informado, y de convicciones, que veía clara la situación en el escenario ensangrentado de su patria. Cae Barcelona y en marzo «sucede la traición del coronel Casado, comandante del Ejército del Centro...; y Besteiro se incorpora a la Junta y me quedé sorprendido y desilusionado por ello porque, como siempre, había actuado como demócrata, de buena fe, pero se había equivocado al ceder.» Cuando se anunció la caída de Madrid, un oficial reunió a los carabineros del batallón de Cortés, que tenía entonces treinta y cuatro años, y les dijo: «Todo ha terminado. Podéis regresar a vuestros pueblos o a donde queráis.» Y así, cuenta el ex alcalde de Mijas, nos desbandamos, y una noche del día 16 de abril de aquel año, Manuel, solo en Málaga, desmoralizado, hambriento, solitario, perdido, echa a andar a campo traviesa y se presenta en la casa de su padre, el barbero, en Mijas.

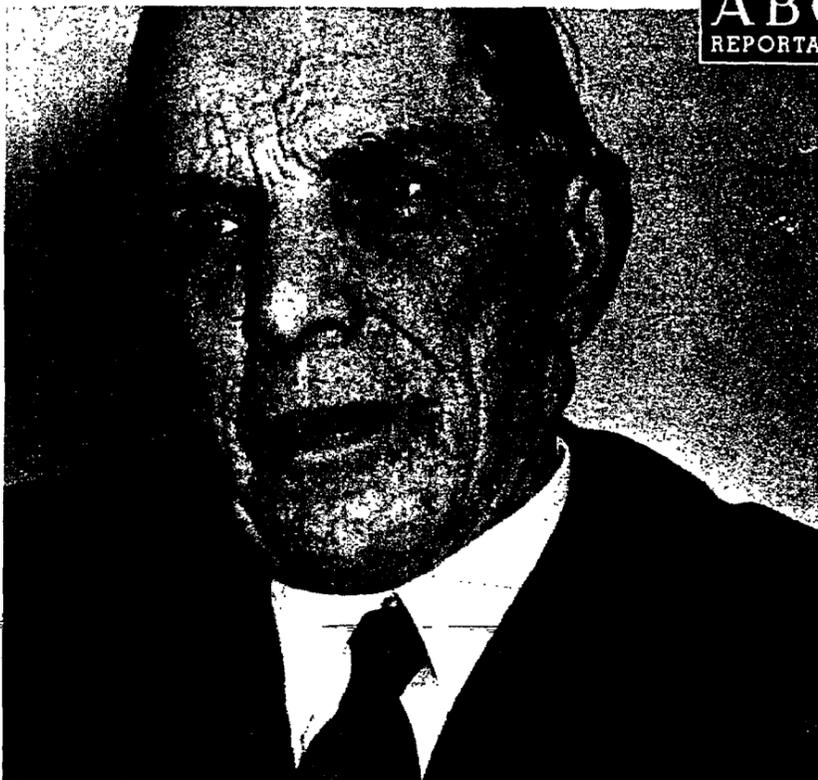
"TE ESCONDEREMOS HASTA EN
EL POZO SI ES NECESARIO"

Llevaba dos años fuera. Su mujer, Juliana, cuenta aquella noche del regreso de Manuel en las sombras. «Su rostro

—dice— estaba lívido de fatiga. "¿Por qué has vuelto?" Pensé que iba a enloquecer. Me hubiera alegrado saberle en el extranjero, donde yo me hubiera reunido con él, tarde o temprano, o esconderle en Málaga, pero mis hermanos no querían esta responsabilidad... Así nos habríamos ahorrado estos treinta años de purgatorio, y esto está pronto dicho... Mi marido no tiene prudencia. El ex carabinero Cortés no se presentó a la autoridad, como había pensado. Había antecedentes. Juliana se los contó aterrada, porque conocía algunos. "Te esconderemos basta en el pozo si es necesario", dijo su padre. Rompieron un tabique, hicieron un agujero de entrada en lo que había sido una apertura en la pared maestra, algo así como un armario, y allí escondieron al señor Cortés, que tenía que mantenerse sentado e inmóvil de día en una silla de criatura, detrás de una gran estampa religiosa que cubría la boca del escondrijo. La gente entraba y salía, hubo registros, la Guardia Civil apareció varias veces y todos pasaban por delante del cuadro religioso detrás del cual se encontraba Cortés en espera de la noche y el cierre de las puertas para salir, moverse, comer y acostarse, como en una pesadilla inacabable.

**"SIN MI MUJER Y MI HIJA NO
HABRÍA SOBREVIVIDO"**

¿Cómo vivir? Lo resolvió Juliana, que tenía espíritu comercial y un gran carácter. Ir a las casas de campo del entorno, comprar los huevos y venderlos en Málaga, a donde algunas veces hubo que hacer el camino a pie y de noche. Los huevos proporcionaron a la esposa los primeros, modestos ingresos. Después, el esparto, comprado a los hombres que iban a la sierra y revendido a los comerciantes malagueños. Hubo que cambiar de casa, porque el agujero del mesón del padre era imposible. Se alquiló la del número cinco de la misma calle, y Manuel tuvo que salir una madrugada lluviosa detrás de su mujer, disfrazado de vieja, a trancas por la acera mojada. Por fortuna no había nadie en la calle. En el número cinco, diez años más, con mas libertad de movimiento, porque estaban solos Manuel, Juliana y María, la hija, que estaba ya en el mortal secreto de la familia. Los negocios de Juliana, mujer formidable, prosperaron. Del esparto a los tejidos, que le vendía a crédito un comerciante catalán establecido en Málaga, y con los ahorros la adquisición, por fin, de una casa propia en el número 11 de la misma calle de Mijas, ya con un cuarto propio arriba para el marido, que empaquetaba el esparto y llevaba la cuentas del negocio, a salvo de indiscreciones y vecinos; con una radio y, finalmente, con televisión, una de las primeras del pueblo, además de las instaladas ya en las tabernas y cafés. Las vecinas acudían y había que alejarlas... «María, mi hija, tiene dolor de cabeza y se ha acostado ya» o «La tengo estropeada y llamaré a un mecánico», todo esto. El novio de María, Silvestre, un muchacha honrado, fue una cruz para el señor Cortés. Acudía a casa a las diez y se sentaba en silencio hasta medianoche al lado de la hija, viendo la televisión, y el padre tenía que estar arribando, conteniendo sus toses, disimulando sus pasos, sin ver sus corrida; de toros o sus carreras de bicicletas. Nadie, por consejo de Juliana, se confió en él, novio, hasta el día de la boda. Aquel día María contó a su joven marido el secreto de su padre en la casa, y no hubo ningún problema porque Silvestre había ya sospechado, algo raro una noche en que el señor



• «Ya no podían hacerme nada, pero tenía que leerlo en la "Gaceta Oficial" antes de creerlo»

Hubiese querido más hijos, tres, un niño en particular... pero en nuestro caso hubiera sido un escándalo un embarazo de mi mujer y, además, peligroso para mí...»

**COMO UN ESPECTRO DEL
PASADO**

El señor Cortés, en su desventura, exiliado del mundo de Mijas y de España, lo había pensado casi todo, con su criterio metódico de buen socialista honrado y democrático, que le hacía exclamar al nuevo alcalde de Mijas cuando, después del decreto de amnistía, se le presentó como un espectro del pasado: «En su casa todo este tiempo. ¡Treinta años de vivir escondido por nada más que una idea!» Una idea, sí. Puede tener mucha fuerza en el espíritu de un hombre de ideas simples, modestas y maduras, fuertes y persistentes, un barbero de Mijas que había soñado en una vida mejor para la sociedad de sus semejantes en el pueblo blanco y pobre de 1936, antes de la oleada de la Costa del Sol.

Serla improcedente ahora, ante la historia del señor Manuel Cortés, sobriamente explicada en el libro de Ronald Fraser, proclamar las altas virtudes de la raza. No es esto; Leyendo «In Hiding» no se sabe si reír o llorar. Aquí no hay más que sufrimiento, miedo y angustia, por fortuna superados en su liberación de hoy. El señor Cortés anduvo en sandalias, por no hacer ruido en sus escondrijos, durante treinta años, y cuando tuvo que ir a Málaga a presentarse al comandante de la Guardia Civil se puso zapatos y sus pies resbalaban por las aceras y tenía que apoyarse en el brazo de su mujer, Juliana, la Juana del Arco de su larga noche del miedo y la esperanza.

José María MASSIP.

Cortés tropezó arriba con el brasero y produjo el estruendo que nadie supo explicar. El gato, acaso...

Treinta años en la vida no-vida del señor Manuel Cortés y su familia. ¿Como se desarrollaron en la intimidad del matrimonio? «Entre los treinta y los cincuenta hay los mejores años en la vida de un hombre. Antes no está formado y después empieza a ir cuesta abajo. Tuve suerte en tener una buena mujer y una hija, sin las cuales no habría sobrevivido. La familia es siempre importante pero para un hombre escondido lo es más aún. Cuando sois libres amáis a vuestra familia, naturalmente, pero no es lo mismo porque yo dependía completamente de ella. Cuando las cosas iban bien, bueno, pero cuando estaban ansiosas y tensas, ello repercutía en mí. A veces me sentía como una criatura en la casa, a veces cuidada, otras no.

El hombre es el jefe de la familia, pero en nuestro caso era al revés; era y tenía que ser por necesidad mi mujer y esto me afectaba, especialmente en los primeros años. Aunque no he sido nunca uno de esos tipos patriarcales que no dan libertad a sus mujeres, tengo mi dignidad y orgullo de hombre... Cuando abandonamos la casa de mi padre, en la nuestra, con mi mujer, pude reanudar una vida normal. Todas las noches dormía en mi cama con mi mujer...